



Luto
Los funerales por las tres víctimas asesinadas por ETA se celebraron en el patio de armas del cuartelamiento de Basauri. = J. I. R.

María Dolores Ledo
Era natural de Barakaldo y tenía 25 años. Estaba embarazada de tres meses cuando fue asesinada por ETA junto a su marido, el cabo de la Policía Nacional Pedro Barquero. Era profesora en el colegio Zumalakarregi.



Pedro Barquero
Cabo de la Policía Nacional, tenía 30 años y aunque estaba destinado en Bilbao, había nacido en Cádiz. Se casó con María Dolores Ledo siete meses antes del atentado terrorista. Esperaban su primer hijo.

Julio Segarra
Teniente de la Policía Nacional. Natural de Cabanillas del Campo (Guadalajara). Tenía 50 años. Casado y con tres hijos. La última, niña, de tan solo ocho días. Intentaron secuestrarle.



«Cuando llegaron mis hijos a casa les abracé y les dije: 'Han matado a papá'»

LORENA GIL



lgil@elcorreo.com

El acto de Cambo coincide mañana con el 35 aniversario del asesinato en un garaje de Bilbao de dos policías y la esposa embarazada de uno de ellos

BILBAO. — Marcho, que llevo tarde. Pero la niña está llorando... — Tendrá gases o será la tripa. ¡Vete a saber! Tú tranquilo.

Esas fueron las últimas palabras que Mari Nieves compartió con su marido, el teniente del Cuerpo Nacional de Policía Julio Segarra, an-

tes de que ETA le arrebatara la vida hace 35 años. Una semana antes había sido padre por tercera vez. «Teníamos dos hijos —de 14 y 13 años—, pero esa vez fue chica. Se volvió loco de contento. Solo quería cogerla en brazos, incluso cuando estaba dormida...», rememora.

Aquel 4 de mayo de 1983, la misma fecha que ETA ha elegido para escenificar su disolución en Cambo, Julio salió a las ocho de la mañana de su casa, en el barrio bilbaíno de Santutxu, para ir al acuartelamiento de Basauri, donde estaba destinado. Bajó al garaje de la calle El Karmelo a recoger su vehículo. Pero ese día varios terroristas del «comando Vizcaya» lo estaban esperando. El talde se había trasladado desde el sur de Francia con un objetivo: Lo redujeron, atándole de pies y manos con alambres y amordazándole la boca con un esparadrado. El objetivo era secuestrarlo para pedir su intercambio por varios presos de la banda. Pero las cosas no sa-

lieron según su macabro guión. Cuando los etarras estaban a punto de meter a su rehén en el maletero de un coche, entró en el parking el cabo de la Policía Pedro Barquero, que tenía su plaza de aparcamiento junto a la del teniente. Iba acompañado de su esposa, María Dolores Ledo, embarazada de tres meses. El matrimonio acudía a una revisión médica. Al percatarse de la presencia de los terroristas, Barquero sacó su arma reglamentaria, pero los etarras se adelantaron y dispararon contra él y su esposa. Una vez cometido el doble crimen, descartaron la idea del secuestro y ejecutaron también a Segarra, que se hallaba amordazado en el suelo, y se dieron a la fuga. No hubo piedad. Cuando salían del garaje se encontraron con un vecino que había escuchado los disparos. Le intentaron tranquilizar asegurándole que eran policías. Los cadáveres de las tres víctimas no se hallaron hasta una hora después.

Los caminos de Mari Nieves, natural de Etxebarri, y Julio, de Cabanillas del Campo (Guadalajara), se cruzaron por casualidad. «Me llevaba trece años y era amigo de mi padre», revela. Ella, diecisiete, él, treinta. Se conocieron en Bilbao, donde el policía fue destinado allá por el 66. Pero tiempo después, Julio retornó a Madrid. «Una primavera fuimos nosotros allí de viaje y mi padre le llamó para verle. Fue Julio quien me enseñó Madrid, quien me abrió los ojos. Fuimos a ver películas... ¡Incluso a un concierto del Dúo Dinámico!», sonríe. Terminadas las vacaciones, sus caminos volvieron a separarse. «Nos hicimos novios por carta». Mari Nieves era «la vasca orgullosa» y Julio, «el madrileño». Al final, él pidió su traslado a la capital vizcaína. Se casaron, compraron un piso en el barrio de Santutxu y tuvieron tres hijos.

Casi dos horas después de que los etarras cometieran el brutal atentado, Mari Nieves estaba en su casa con

la pequeña recién nacida. «Me llaman familiares de Julio desde Guadalajara para preguntar por la niña y estaba hablando por teléfono cuando mi cuñada llamó a la puerta», evoca. «Le vi la cara descompuesta». «Mari Nieves, cuega. Ha habido un atentado», le dijo la mujer de su hermano. — ¿Dónde?

— En Santutxu.
— Tranquila, Julio se ha ido a las ocho. — Ya, pero es que ha sido en su garaje.
— Que sí, pero te digo que no puede ser él.

Pusieron la radio. «Nosotras no sabemos nada, pero en realidad, se sabía todo», expresa. Mari Nieves fue directa al teléfono. Llamó al cuartel de Basauri y pidió hablar con su marido. «Espere un momento. Unos compañeros irán ahora a su casa...», le respondieron. Ella fue tajante: «No, no. Aquí que no venga nadie. Que se ponga Julio», espetó. «Es que no me podía creer que fuera verdad...», reconoce.

